

EL PAKISTAN EN EL ESPACIO INDOSTANICO Y EN LA VIDA INTERNACIONAL

Parece ser que en la evolución actual de las cuestiones asiáticas generales, en especial del sector llamado frecuentemente Oriente Medio, el papel de Pakistán puede acaso llegar a tener importancia decisiva, ya que tanto por su posición geográfica como por su carácter de máximo Estado musulmán en el mundo, Pakistán se ha hecho el punto de enlace de las cuestiones del Mediterráneo con las de Asia del Sudeste y el Pacífico. Lo cual justifica resumir los puntos esenciales más recientes de su política externa.

Desde antes de que el Estado y la nación pakistana tuviesen existencia legal, ya tenían las directrices esenciales del movimiento de opinión que le dió lugar un carácter más externo que interno. Es decir, que los dirigentes de la asociación «Liga Musulmana», fundada dentro de la India inglesa para mantener el criterio de una separación comunal de los adeptos del Islám dentro del semicontinente indostánico, no actuaban como defensores de una minoría étnica o religiosa, sino de un sector vuelto hacia afuera. Mohammed Ali Yinnah, presidente de la Liga Musulmana y empeñado defensor de la idea de que los musulmanes formasen una entidad política separada, quería justificarla diciendo que eran un núcleo nacional porque se habían formado superponiendo al fondo humano indostánico diversas aportaciones de conquistadores y de emigrantes árabes, persas, turcos, afghanes, los cuales compusieron con los indios una mezcla racial sintética del Islám entero. Por tanto, los adeptos a la «Liga Musulmana» negaban toda patria territorial y se sentían solidarios con los musulmanes de fuera.

La partición en dos trozos que Inglaterra hizo de la India en agosto de 1947, dió al afán de Yinnah y los suyos la base fija (interior dentro del conjunto indostánico) de un suelo y unas fronteras. Pero no por eso dejó de predominar lo externo sobre lo interno. La primera etimología del nombre «Pakistán» había sido «Tierra de pureza», de la raíz *Pak* (puro) y la terminación general de origen persa *istán* (tierra de), como en Turkestán, Afghánistán, Arabistán, etc., y eso quería decir que el

Estado musulmán nuevo sería un sitio de refugio para islámicos de cualquier origen. Así, a Pakistán no sólo se han ido varios millones de musulmanes procedentes del resto de la India, sino que allí hay incrustados hoy núcleos importantes de musulmanes de origen afgano, además de otros núcleos menores árabes, mongólicos, iraníes, etc. Además, resulta que dentro del núcleo principal de ciudadanos pakistanos o sea los procedentes del semicontinente indio, la heterogeneidad de razas y de lenguas es tan grande que el país carece de toda línea central unificadora. Hasta el punto de que ni siquiera tiene un verdadero idioma nacional, pues el inglés sigue utilizándose como idioma administrativo conservado por costumbre, mientras que como idioma cultural los gobernantes de Karachi tratan de imponer en la enseñanza superior y el uso estatal simbólico el urd, que no es lenguaje de ningún sitio de Pakistán (pues su cuna es la región de Delhi, que ha quedado como capital de la otra India). Entre tanto, en las provincias pakistanas, el pueblo sigue usando el punyabi, el sindhi, el pughtu, el bengali y el baluchi.

Así, pues, incluso para la labor consolidadora de la unidad nacional dentro de las fronteras pakistanas, los gobernantes de Karachi tienen que seguir apoyándose en el factor externo representado por la conexión con el Islám de otros países. A la vez, dentro de lo interno, dichos gobernantes ensalzan a cada momento la común pertenencia de los pakistanos de distintos orígenes al musulmanismo religioso, para tratar de contrapesar así los separatismos que se manifiestan entre la mayoría de los habitantes de la provincia del Noroeste y parte de los de Bengala.

También se exageran desde Karachi las declaraciones de super-mahometanismo para contrapesar la influencia de otros musulmanes que aun propagan la idea de que todo el semicontinente indostánico vuelva a ser una sola nación, los cuales reciben con frecuencia alientos indirectos de los musulmanes que han preferido seguir perteneciendo a la India.

Resulta, pues, que el islamismo sigue desempeñando en los planes de los gobernantes de Karachi no sólo un papel de religión estatal y oficial (a la cual pertenecen unos sesenta millones de los setenta y cinco millones de habitantes que tiene Pakistán), sino de instrumento consolidador, lo mismo dentro del semicontinente que fuera. Respecto a la nación vecina, que ahora se llama «Unión India» o «Bharat», se trata de contrapesar la influencia de los treinta y cinco millones de musulmanes que han quedado en ella, y como esos musulmanes unitaristas tienen el prestigio religioso de ser dirigidos por la conservadora «Asociación de los Ulema», además del cultural, de contar con las famosas Universidades islámicas de Delhi, Aligarh, Deoband y Hyderabad, los de Karachi exageran su mahometanismo hasta hacerle casi «profesional» para poder aquí contrapesar a los «Ulema» de Delhi, que, como tradicionales, son más callados. Así, el islám oficial de Karachi destaca por su carácter

ruidoso, por sus empeños de darle artificial carácter musulmán a actos simples, como, por ejemplo, las urbanizaciones municipales y a la bien organizada que tiene la propaganda. Cuando dicha propaganda se proyecta hacia el exterior, tiene por principal objeto hacer que en todos los países del Próximo Oriente mediterráneo y en otros del Océano Indico, como Indonesia, no se olvide nunca que Pakistán es hoy el Estado que tiene mayor número de habitantes mahometanos, y que, por tanto, se cuente con él siempre en todo lo islámico internacional.

Respecto a esto de la exageración del islamismo, ha de tenerse también en cuenta que Pakistán no podría mantener el equilibrio con la Unión India, que por su población calculada en trescientos cuarenta y cinco millones de habitantes, por sus mayores recursos, su mayor número de técnicos, e incluso desarrollo de su política continental asiática, ahogaría a Pakistán si éste no buscara el contrapeso de acercarse e incluso adherirse a los islámicos que lindan con él por su Occidente.

La multiplicación e intensificación de relaciones diplomáticas fué lo primero. A la vez, las intervenciones en la O. N. U. del delegado pakistano, Sir Zafarul-lah Jan, en las cuestiones musulmanas. Luego, planes de enlace permanente, como el proyecto del Islamistán con un carácter de periodicidad regular, han ido desarrollando entre tanto los Congresos culturales y los económicos. Por último, queda pendiente la cuestión de los enlaces ferroviarios.

Diplomáticamente, Pakistán está en relaciones oficiales muy amistosas con los siete países de la Liga Árabe, y con Turquía y Persia por otra parte, además de las sostenidas con Indonesia, que es también oficialmente Estado musulmán.

Respecto a los árabes, la relación es doble; pues, por una parte, sostiene Embajadas y Legaciones en las capitales de Egipto, Arabia, Saudita, Iraq, Yemen, Siria, Líbano y Jordania, y por otra, ha establecido contactos complementarios con la Secretaría General de la Liga en El Cairo. A ese efecto, hay que señalar la importancia de la visita oficial que con su esposa efectuó en noviembre de 1948 el Jefe del Gobierno de Karachi, Liyaqat Ali Jan, figurando ambos como huéspedes de honor de la Liga. «La amistad árabe es lo máspreciado para Pakistán», se dijo entonces. Y hay que notar cómo mientras en Karachi se miran con indiferencia las cuestiones de China, Indochina, Birmania, etc., se pone, en cambio, un interés personal y directo en las cuestiones marroquí, argelina y tunecina, pues delegados de los tres territorios arábigos occidentales bajo intervención francesa figuran en todas las reuniones islámicas generales de carácter internacional que se verifican en territorio pakistano, mientras que, a la vez, el diario *Dawn* (órgano oficial de prensa del Gobierno de Karachi y de su partido gubernamental) ha expresado en varias ocasiones su criterio opuesto a que los protectorados de la llamada «Africa del Norte» sean incorpora-

dos a la Unión Francesa. Y es tan constante la preocupación maghrebí en Pakistán, que eso ha podido influir en que los primeros embajadores francés y norteamericano acreditados en Karachi hayan sido dos personas que previamente habían actuado en la zona de Tánger.

Con Persia también puede decirse que las relaciones del Pakistán son dobles, y que a pesar de las solemnes declaraciones hechas respecto a la amistad árabe, la de Persia se busca con interés más tenaz (aunque no siempre se hagan declaraciones en este sentido, por causa del equilibrio que Pakistán ha de establecer respecto a los pleitos entre persas e ingleses). De una parte, las relaciones diplomáticas se sostienen intensamente por medio de respectivos embajadores; y entre los frutos de su actuación pueden citarse el pacto de amistad firmado en febrero de 1950, con otros acuerdos complementarios de carácter cultural, aduanero, etc., todo lo cual tuvo su apogeo en la visita que el Shah Riza Pahlevi efectuó a Karachi en marzo del mismo 1950. Por otra parte, la simple contemplación de un mapa del Próximo y Medio Oriente demuestra que el empeño oficial pakistano en contrapesar la masa asiática de la Unión India por medio de un enlace directo con los países del Mediterráneo (y, por tanto, una aproximación a Europa tanto como a los árabes), sólo puede hacerse a través del suelo persa o iranio. En este sentido tiene importancia excepcional la aludida cuestión de los enlaces ferroviarios, la cual consiste esencialmente en el proyecto de unir las redes de ferrocarriles pakistana, irania, iraquiano-turca y sirio-libanesa para establecer una comunicación directa del Indo al Mediterráneo con el nombre de «Ferrocarril Trasislámico». Proyecto que para Persia tiene también el interés directo de que así dejaría la meseta irania de ser como el término de un callejón sin salida (aparte sus desembocaduras a Rusia y al Golfo pérsico) convirtiéndose en un puente terrestre de Europa meridional al Asia del Sur y Sudoeste.

La amistad pakistano-persa influye también en otras varias cuestiones de aquella área geográfica. Así, por ejemplo, las relaciones oficiales pagistano-turcas se presentan ahora consideradas desde Ankara, un poco como prolongación y apéndice de las relaciones turco-irania, viéndose con frecuencia que las comisiones de militares, profesores, universitarios, comerciantes y turistas turcos que visitan Persia combinan esas visitas con otras a Karachi. También en el pleito del petróleo persa se nota cómo a pesar de sus enlaces directos con la «Commonwealth», el Gobierno de Karachi está demostrando buenas disposiciones hacia la compra de petróleo nacionalizado, lo cual haría, sin duda, e incluso en grandes cantidades, si contase con medios de transporte por mar y por tierra. Por último, es de notar que la existencia de pleitos fronterizos de los Gobiernos de Teherán y Karachi con el de Cabul en Afghanistan, aproxima más a pakistanos y persas, aunque el litigio persa-afghan sea de pequeños detalles, mientras el que separa a Afghanistan de Pakistán

es considerado como vital por ambos litigantes, e incluso podría dar lugar a una guerra no sólo mutua sino general dentro de la península e incluso general dentro del Sur asiático.

Sabido es que la Gran Bretaña, al formar su posesión colonial de la India, se incorporó, por medio de la conquista armada, un trozo de territorio habitado por gentes de raza y lengua afghanas, es decir, al borde Oeste de la parte alta del río Indo, zona de llanura que los ingleses convirtieron en la llamada «provincia del Noroeste», con su capital en Peshawer. Al lado de esa zona provincial llana que fué sometida al poder británico, quedó entre el borde de la India inglesa y el del Reino de Afghanistan una zona montañosa habitada por tribus libres y guerreras, zona sobre la cual varios tratados firmados bajo presión inglesa hicieron al rey afghan renunciar a ejercer soberanía; pero a pesar de eso, tampoco pudieron las tropas inglesas ocupar esas montañas, que quedaron independientes de hecho. Después de partirse la India en dos Estados, el de Pakistán se quedó con la provincia Noroeste, y ha pretendido después quedarse también con la parte montañosa de las tribus libres, las cuales se han opuesto y se han unido en una confederación defensiva llamada «Puchtustán» o «Puchtunistán». El Estado afghan, por su parte, exige con energía que la zona de las tribus no sea ocupada, y que, además, sea devuelta a los afghanes la provincia del Noroeste. Después, el conjunto de los territorios afghanes de tribus y el Noroeste podría formar un pequeño Estado satélite de Afghanistan o unirse al reino de Cabul. El Gobierno de Karachi, en vista de esto, después de aprisionar a todos los dirigentes políticos de Peshawer, se dedica a trabar las relaciones comerciales de Afghanistan que para salir al mar pasaban antes por Bombay. Por eso, el Gobierno de Cabul se acerca por su parte al de Delhi, con el cual estaría incluso dispuesto a contraer una alianza militar. En este caso, un «segundo frente» afghan se establecería en las proximidades del que ya existe en Cachemira o Kashmir.

El pleito de Cachemira sigue siendo el principal factor determinante de las malas relaciones entre los dos Estados del semicontinente. Se hizo prácticamente irresoluble en febrero de este año de 1951, cuando durante la última reunión en que el Consejo de Seguridad intentó resolverlo basándose en la proporción angloamericana de plebiscito imparcial, el delegado de «Unión India», Sir Benegal Rau, lo rechazó terminantemente (como por su parte había hecho el mes anterior el Pandit Nehru en la Conferencia londinense de primeros ministros de la «Commonwealth»). Recientemente, las elecciones que en octubre se han celebrado para elegir el primer Parlamento de «Unión India», formado en régimen independiente, han sido un nuevo factor de aumento de tensión con Pakistán, puesto que entre los diputados votados para la nueva Asamblea figuran algunos que se designan como representantes de Cachemira, lo cual representa una medida unilateral tan despectiva para Pakistán

como para la Organización de las Naciones Unidas. El mismo empeño de decidir sin contar con nadie se notó en las elecciones que del 25 al 30 de agosto y bajo ocupación militar de las tropas de la «Unión India» o Bharat, se verificaron en el sector cachemirano que retiene el Gobierno de Delhi, elecciones en las cuales triunfó naturalmente el Gobierno local del Chej Abdul-lah, incondicional del Gobierno panindio. Entre tanto, mientras Pakistán está invirtiendo en gastos militares (según él, defensivos) la mitad de su presupuesto, la mayor parte del núcleo del Ejército de Bharat se encuentra desde el pasado verano acampado permanentemente a lo largo de las fronteras de los dos trozos de Pakistán oriental y occidental.

Podrá parecer sorprendente el hecho de que a pesar de tanto aparato bélico la guerra no haya llegado a estallar después de estarse anunciando durante más de tres años. Una de las explicaciones que se dan a esto es la de que la dirección de los servicios técnicos en ambos Ejércitos sigue estando entre las manos de jefes ingleses, calificados de instructores, los cuales hacen de freno pacificador por uno y otro lado. También se supone que tanto en Karachi como en Delhi, los dirigentes de los dos Estados indostánicos hacen ruido en torno al problema cachemirano, con el objeto de que la atención de sus respectivos pueblos se desvíe de los problemas económicos y sociales, que especialmente en lo alimenticio y lo demográfico tienden a tomar proporciones catastróficas. Porque la partición de la antigua India única en dos trozos ha dejado dentro del sector indio mayor, casi todas las instalaciones industriales, mientras Pakistán ha quedado como productor de algunas materias, por lo cual las barreras aduaneras ejercen en los dos sectores (sobre todo, en Bharat) efectos de verdadera asfixia.

Pero esta es una cuestión ajena al panorama de las relaciones internacionales, y en ella lo único que desde este aspecto ha de tenerse en cuenta, es que el hecho de retener sobre su suelo el conjunto de primeras materias que antes utilizaba la India entera obliga a Pakistán a ser país intensamente exportador de cereales, yute y algodón, y a la vez que se provea directamente en Europa y América de las manufacturas que ya no obtiene por Bombay ni por Calcuta. Esta necesidad es una de las que más han influido en el afán puesto por los gobernantes de Karachi para establecer relación con el mayor número de naciones posible entre las ajenas al Medio y Próximo Oriente. Siendo otra razón la cuestión de prestigio y de hacer que internacionalmente nunca se olvide la existencia de Pakistán. Así tiene conexiones establecidas con casi todos los países de la O. N. U. y con otros, como la Alemania occidental.

En cuanto a la conexión con la «Commonwealth», que después del factor islámico y antes del europeoamericano, constituye el segundo de los tres frentes externos, ha de destacarse su carácter muy particular que hace de Pakistán «un Dominio que no es Dominio», puesto que

interiormente está organizado como un país de tipo republicano, en el que el gobernador general o Jefe del Estado efectivo se supone recibir sus poderes del rey de Inglaterra, pero no considerando a éste como soberano, sino sólo como representante autorizado de la «Commonwealth». Dentro de ella, Pakistán toma parte en sus conferencias como un cooperador silencioso algo pasivo, manteniendo la buena relación con la Gran Bretaña y su Corona a través del Alto Comisario pakistano en Londres y el Alto Comisario inglés en Karachi (que son dos efectivos embajadores), pero aprovechando el sistema británico para cooperar igualmente con Australia y Canadá (a donde envían estudiantes pensionados). Del mismo modo, y dentro de un empeño de contacto técnico con el anglosajonismo, figura la relación con los Estados Unidos (también con mutuas embajadas), que el Jefe del Gobierno, Liaqat Ali Jan, visitó en mayo de 1950 invitado por Truman.

Sin embargo, en todas estas relaciones con los anglosajones (hacia los cuales los dirigentes de Karachi, en gran parte antiguos alumnos de Oxford y Cambridge, han manifestado mayor adhesión que los dirigentes de «Unión India») no están exentas ahora de unos complejos de resquemor y resentimiento. Se deben a que cuando en Wáshington y en Londres se habla de que la India puede resultar esencial para la resolución de los asuntos asiáticos, hay propensión a sobreentender que la palabra India quiere decir «Unión India» o «Bharata», y se deja Pakistán en la sombra o el olvido. Así, mientras Nehru es considerado por las agencias de prensa como una figura mundial a quien se consulta sobre los asuntos de Corea, Japón, Unión europea, etc., poca gente habla de Liaqat Ali Jan fuera del país que él y sus amigos rigen. Eso ha hecho que durante los primeros meses de 1951, sin dejar su política general de acercamiento hacia todo lo que llegue del Oeste (a través de los países árabes, persia, etc.), los Jefes de Estado pakistano y de la Liga Musulmana trataron de hacer algo así como suscribir una póliza de seguro respecto a Rusia, aunque sólo para hacerse valer ante Norteamérica, a la cual pidió Liaqat Ali Jan ayuda técnica y facilidad para inversiones financieras privadas sin obtener ninguna respuesta. O para no estar expuestos a que nadie les apoye en el caso de que la «Unión India», mimada por los anglosajones, emprenda algún día la conquista armada del Pakistán.

De todos modos, hay una contrapartida representada por la tendencia que los dirigentes del partido indio del Congreso muestran sobre todo bajo el impulso de Nehru a acentuar sus enlaces amistosos con la China comunista de Mao Tse Tung y a exagerar su neutralismo en las cuestiones del Pacífico, pues puede dar lugar a que perdiendo los norteamericanos su primitiva esperanza de que «Unión India» sea la plataforma de la acción de las potencias llamadas «occidentales» en el Asia del Sur ese papel tuviese que desempeñarlo necesariamente Pakistán.

Pero para no terminar esta enumeración rápida de las realidades internacionales actuales del mayor país musulmán con conjeturas, es mejor hacerlo recordando los términos de sincero interés afectuoso con que en Karachi se ha establecido y se sigue manteniendo la relación con España, comenzada hace dos años con la instalación de un Consulado General español, y afianzada el pasado septiembre con el establecimiento de mutuas Embajadas para intensificar contactos oficiales, que fueron precedidos por empeñadas defensas pakistanas ante la O. N. U. de los derechos españoles.

RODOLFO GIL BENUMEYA